

# **La imaginación une donde las ideas separan**

CARLOS BALIÑAS FERNÁNDEZ  
Universidad de Santiago de Compostela



Para expresar lo imposible, un refrán japonés dice: «sale el sol por el oeste» (Asahiga nishicara deru). No pretendo que desde este país del sol poniente vaya a iluminar yo al sol naciente con las ideas que expongo, pero tampoco me parece imposible aportar algo nuevo a la filosofía. Pocas citas explícitas voy a hacer de filósofos, pero creo poder afirmar que, en la retaguardia de lo que diga, va no poco de la filosofía occidental, aunque implícita y quizás contradicha.

El lenguaje manifiesta el pensamiento; éste, por su parte, intenta captar la realidad que expresará mediante el lenguaje

Habitualmente, dada una manifestación en lenguaje, lo que llamaré una *preferencia*, la contrastamos con la realidad y pasamos a discutir si es verdadera o falsa y hasta qué punto. Del lenguaje salimos a la realidad.

Pues bien, invirtamos nuestra curiosidad. Partamos del lenguaje para retroceder hacia el pensamiento, pero no hacia lo pensado, sino hacia lo que el lenguaje proferido desvela o revela acerca del pensar. Es decir, no lo que el autor diga acerca del mundo, sino lo que el lenguaje mismo, dice él. Expresado mediante un símil no del todo exacto: dado un escrito, hacer lo que hace el grafólogo: inferir de los trazos si el escribidor está nervioso o tranquilo, si tiene un carácter débil o un carácter seguro.

Contraponiendo a las ideas que separan las imágenes que unen, reincido una vez más en un tema sobre el que vengo trabajando desde hace años y del que ya me he ocupado en otros simposios anteriores. No voy, sin embargo, a repetirme más que en el sentido de seguir el mismo método y aprovechar los puntos donde creo haber logrado ya suficiente seguridad como para no tener que volver sobre ellos. Cada presentación viene a ser dar cuenta pública del trabajo de reflexión que entre tanto he realizado. Trataré acerca de la metáfora, pero injertándola dentro de la vida cotidiana y en relación con temas que no había abordado hasta ahora.

Comienzo por un caso bien conocido. ¿Qué nos evoca la voz *agua*?

- 1) Por los conocimientos que todos tenemos de ciencia, aunque sean elementales, relacionaremos agua con oxígeno e hidrógeno, y cada una de estas dos cosas con otras.
- 2) Pero, en la vida cotidiana, que es práctica, al mencionar agua, incluso los cultos pensaremos en beber, en si es agua potable o no, o bien en lavar y si el agua está limpia o está sucia, o en bañarnos y si el agua está caliente o fría.
- 3) Sean ahora expresiones donde, si no viene explícita la mención de agua, viene implícita, como en «*lavar las culpas*», «venir con intenciones *limpias*» o intenciones *turbias*, pensamientos *sucios*.

Algunas acciones pueden expresar lo mismo simbólicamente, haciéndose ritos. El que quiere ingresar en la fe cristiana comienza por bañarse (bautismo) o abreviadamente le echan agua sobre la cabeza, Pilatos, para indicar que no quiere hacerse culpable del delito de matar a Cristo, se lava las manos. En la tragedia de Shakespeare así titulada, Lady Macbeth sale a escena quejándose de que, por mucho que se lave las manos, no consigue que desaparezca la sangre.

En este caso, ponemos en relación algo físico con algo moral. Las intenciones no son limpias ni turbias: serán correctas o incorrectas moralmente. Las culpas no son manchas físicas ¿Cómo se pueden lavar las culpas sin son algo del tipo mental moral?

Dejo estas preguntas pendientes de volver sobre ellas. Que distan de ser mera cuestión nominalista lo confirmará cualquier que intente decir eso mismo sin usar esas metáforas. En lugar de lavar las culpas podríamos decir quizás borrarlas, anularlas, pero no saldríamos de metáforas. ¿Por qué expresión sustituir intenciones limpias/sucias? ¿Cómo decir pensamientos sucios a no ser con ese calificativo?

Estamos viendo que el Mundo nos llega –llega a cada sujeto– fragmentado en cosas sueltas que intentamos relacionar a fin de así organizar el Mundo. La ciencia organiza el mundo según «géneros y especies», como registraba ya Aristóteles. Vincula las cosas según causas: aquéllas de que cada cosa resulta y los efectos que ella produce. El agua es causada por mezcla de hidrógeno y oxígeno en determinada proporción y causa que desaparezcan manchas. Esas causas y efectos fijos implican que cada cosa tiene una esencia o naturaleza que la distingue de otras. En vano pediríamos «peras al olmo». Las peras las da el peral y sólo él.

Organizando las cosas conforme al criterio de la ciencia (o sea conforme al criterio de las causas y naturalezas), llegamos, así, a la clasificaciones de los elementos químicos según la Tabla de Mendeleiev y las clasificaciones del biólogo, del botánico y del zoólogo al modo de Linneo.

O sea que las ideas separan. Cada cosa queda clasificada en su casilla dentro de su casillero. Y una regla de la Lógica manda no mezclar criterios de clasificación.

Entremos ahora a analizar el lenguaje cotidiano, el que responde a la vida de cada sujeto humano haciendo su vida. La vida cotidiana ha sido hasta ahora la gran olvidada; como la esposa a la que se olvida porque es la de todos los días. Y, sin embargo, analizándola, encontramos que tiene también estructura, igual que la realidad científica, aunque según otro criterio. También en la vida cotidiana tenemos organizadas las cosas, aunque según otros criterios que el de la ciencia. Lo que ocurre es que, como esa organización es práctica, no hacemos teoría de ella, simplemente utilizamos. En el decurso histórico de la filosofía hubo que esperar a que llegase la fenomenología para que viese todo tal como nos aparece, es decir como fenómeno. Ahora bien, agua en cuanto fenómeno no es mezcla de Oxígeno e Hidrógeno en determinada proporción, sino una cosa líquida, incolora, inodora e insípida que puede ser utilizada para beberla o para limpiar o para bañarse.

Con ello quedaba abierta la vía para teorizar la vida cotidiana. Sin embargo, tampoco Husserl descendió a ocuparse de cómo estaba organizado el mundo que practicamos. Husserl se dedicó a depurar el fenómeno haciendo *reducciones* hasta llegar a temas como la subjetividad, la mundanidad del mundo, la constitución, etcétera. Con ello, en la medida en que retrocedía a los fundamentos, perdía de vista y se alejaba del fenómeno mismo de la cosa.

En *Ser y Tiempo*, Martin Heidegger analizó el ser del ser humano y encontró que consistía en el cuidado: preserse como ser cabe. ¿Cabe qué? Si es cabe lo que simplemente «está ante los ojos», nada puedo hacer con él. Sea las estrellas: únicamente está en mi poder mirarlas. Si es cabe el utensilio (ser a la mano) del que hago uso, me cabe usarlo. Si es cabe el prójimo o co-hombre, con el puedo entrar en diálogo, perderme en habladurías, ser yo mismo o diluirme en el *se* impersonal (se hace, se dice), etcétera. Pudo Heidegger analizar lo que los utensilios implican de organización del Mundo, pero no lo hizo.

A su modo «leyó» el hombre, tomó las acciones humanas a modo de lenguaje que se interpreta: hizo hermenéutica del hombre. Sin embargo, pocas veces se detuvo en el lenguaje (En una ocasión recordó que *homo* procede de la misma raíz que *humus*).

Mientras la semántica descifra (descodifica) lo que un texto dice, la hermenéutica interpreta lo que quiere decir. El análisis semántico se ocupa de ¿qué dice? El análisis hermenéutico se pregunta: ¿cómo interpretarlo? ¿Qué viene a decir? ¿Qué quiso decir el autor?

Por mi parte, la reflexión que practico pregunta: ¿qué implica en su mente las expresiones con que dijo eso? Mi trabajo es hasta cierto punto hermenéutica, interpretación, pero no de lo que se dice a través del lenguaje, sino de lo que está diciendo el lenguaje mismo.

Pues bien, el análisis del lenguaje proferido (lo que llamaré *lenguaje ejercido*) en el vocabulario y en los textos nos permite percatarnos de que hay más criterios de organización del mundo que el científico, porque los utensilios nos llegan organizados.

## LA VIDA COTIDIANA

Pensemos en lo que va implicado en lo que el lenguaje cotidiano denomina *ramos*. Hambre, alimento, comida, comestibles, tiendas de comestibles, conforman el «*ramo*» de la alimentación; armas, uniformes, mando, guerra, cuarteles, desfiles, conforman el ramo o «*sector*» de la milicia o de lo militar.

Un sector puede enzarsarse lateralmente con otro. Lentes, ojos, médico oculista, telescopios, pertenecen al ramo de la Óptica, pero como no hay visión sin luz, este ramo viene conectado con el ramo de la Luz, que incluirá fuente luminosa, luminotecnica, bombillas, candiles, física de la luz<sup>1</sup>.

No parece que haya cosas reales no entrelazadas con otras<sup>2</sup>. Practicamos, por tanto, otro criterio de clasificación de las cosas que la científica. Pues bien, a cada red la denominaré *cuadro de sentido* o *campo pragmático*. Así luz va en conjunto con oscuridad, ver y no ver, ceguera, deslumbrarse. Puente, por su parte, va con extensión de agua, riveras, pasar de una rivera a la otra. Luz va con oscuridad, ver y ceguera, etc.

Por supuesto, estos campos de sentido son relativos a un sujeto que tenga que habérselas con ellos y al sentido que da a su vida en cada instante. Y ya sabemos que cada cual tiene su «mundo». Para un pájaro la techumbre de un edificio se quedará en ser techumbre: lugar de reposo y vigilancia. Para una persona la techumbre es un dispositivo (utensilio) para que no llueva sobre el edificio; para un gato quizás lugar de aventuras eróticas. Techumbre, es decir, dispositivo para evitar que la lluvia entre en un edificio, solamente lo será para el hombre. Sea un puente: será tal para un humano y un animal que quiera trasladarse de una orilla a otra del río, pero no para un minúsculo gusano que viva y muera entre sus piedras.

El privilegio del ser humano reside en que está capacitado para comprender y situarse dentro de todos los mundos ajenos. El biógrafo se mete en el mundo del biografiado; el zoólogo etólogo se interna en el mundo de los animales, el historiador

<sup>1</sup> Los aristotélicos ponen como muestra de analogía *salud*, donde junto con individuo sano incluyen medicina, médico (sanador). A nuestro «ramo» pertenecen también la enfermedad, las epidemias...

<sup>2</sup> Esto se aproxima a lo que filósofo Angel Amor Ruibal desarrolló bajo el nombre de relatividad o correlación. Nada hay sin relación con algo.

de las religiones entiende las de otra esfera cultural; el antropólogo cultural llega casi a hacerse un primitivo de la tribu que estudia. Tal como es omnívoro, en algunos individuos, el hombre es capaz de intimar con lo más diverso.

Cualquiera dirá que tanto se entrelazan entre ellos esos ordenamientos que constituyen una maraña interminable. Sin embargo, cualquier persona normal se las arregla para seleccionar en cada momento las organizaciones que le interesan<sup>3</sup>. Si alguna vez se alcanzase este nivel en el entrenamiento de un robot, se tendrá que cargar su memoria con estos ordenamientos.

De ordinario las conexiones por sentido funcional se las reduce a la teleología. Ciertamente, que alguien se bañe quedará explicado por el propósito de bañarse, pero ese propósito de bañarse ha de atenerse a una previa estructura de sentido: que el agua se halle en estado líquido y no en estado de hielo; que para secarse sirve un paño absorbente y no un colgador; que, por su parte, éste sirve para colgar las ropas a secar, etc., etc.

La ciencia nombra por causas internas, cómo, por ejemplo, la composición química. Agua= $H_2O$ . Al hacerlo así, entramos en un discurso que remitirá a otras combinaciones de esos elementos ( $SO_4H_2$ , ácido sulfúrico). También puedo decir *acuifero* y estoy usando la categoría causa/efecto (el agua es efecto de un acuífero). Pero hasta ahora no se ha reparado en que en los discursos de la vida cotidiana, aparte de la Lógica Formal, también hay una «lógica de sentido». Por ejemplo, si en la vida cotidiana (personal, biográfica) digo *agua*, vendrá en constelación con lavar, agua limpia/turbia, beber, etc., es decir, por una conexión de sentido funcional.

Sea la experiencia «camino». Bien difícil sería buscarle al camino su esencia (definitio essentialis) o, por lo menos, su entidad discriminadora suficiente para hacerle una definición descriptiva (definitio realis). El DRA lo define «tierra hollada por donde se transita habitualmente», pero luego se ve obligado a añadir un largo montón de acepciones, unas de las cuales son «figuradas» y otras, clases de caminos. Tomemos nosotros el punto de vista de la palabra como miembro del discurso. Estamos ante una realidad donde convergen punto de partida, punto de destino, trechos, desvíos, extravíos. De Xavier Zubiri tomaré prestada la expresión «cosa-sentido»<sup>4</sup>. Quizás el número de «cosas-sentido» sea infinito.

El científico, el científicista y la persona corriente por influencia de ellos dirán que esta clasificación de las cosas, según su utilidad, carece de importancia, porque se trata de algo psicológico, mental y, sin otra importancia, que la práctica.

<sup>3</sup> Por supuesto, eso no significa que no haya variedades. Un hindú no asociará vaca con matadero y la asociará con lo religioso: un occidental asociará vaca con matadero y no con lo sagrado. Los niños de ciudad asocian leche con bote y no con vaca, etcétera.

<sup>4</sup> Tomo la expresión de X. Zubiri: *Sobre la esencia*.

A esto habría que responder, en primer lugar, que esta importancia práctica no parece ser asunto de poca importancia. Baste decir que la mayor parte del trabajo de los químicos va dedicado a conseguir que el agua sea potable, a desalinizarla, etcétera. Pero, además, vamos a comprobar que muchas metáforas tienen sentido por semejanza de función dentro de cada cuadro de sentido.

## LA METÁFORA

Saltemos a otro tipo de textos. Tomemos un texto que viene ocupándose de un tema determinado: por ejemplo, de un hecho histórico o del derecho o incluso de un hecho científico. De pronto aparece, introduce un símil o metáfora. Si es un símil, puede limitarse a una línea; si es una metáfora será más corto: simplemente un injerto en una palabra o expresión muy simple. Símil: actúa como actuaría un zorro. Metáfora: ese zorro. En todo caso, el autor del texto ha intercalado en el texto principal otro texto subsidiario. Anotemos la lista: metáforas, símiles, alegorías, parábolas, fábulas. Todos son textos subsidiarios, «minitextos» que aportan datos tomados de otro contexto y desaparecen. Por ejemplo, un símil o una metáfora, o la etimología de una palabra.

Comenzamos a incumplir la ley de no mezclar géneros de ser. Si encuentro la expresión «ojos del puente», ocurrirá que, tratando de un puente que es algo material, le adjunto un ingrediente tomado del «mundo» de la fisiología humana. Si Manuel Kant dice que, mientras la ciencia sigue un *camino seguro*, la misma mente en la Metafísica da vueltas en torno a sí misma (*herumtappen*), le injerta a un proceso mental un ingrediente tomado del caminar.

La metáfora viene a ser un experimentum crucis para el estudio del lenguaje y, de resultas, un desafío contra la ley aristotélica.

Y no son un hecho raro. El léxico ordinario viene *empedrado*, *plagado* de metáforas, (dicho sea mediante dos metáforas) que fueron metáforas vivas y hoy metáforas «muertas». Muchos versos de poemas son juegos de metáforas. En este mismo instante, en algún lugar del planeta, está naciendo una metáfora en la boca de algún hablante. Si gusta, la repetirán otros y, más pronto o más tarde, pasará a escritura. Porque los literatos las crean estupendas e ingeniosas, a la metáfora se la tiene por asunto literario. En realidad las de ellos llaman la atención por su novedad e ingenio, pero a cualquiera se le puede ocurrir alguna en algún instante de apasionamiento. La mayoría las habrá creado el hablante coloquial en el decir espontáneo. No consiguen evitarlas ni el científico descriptivo más celoso de la exactitud (basta explorar el léxi-

co de la Etología, Zoología) ni el filósofo más riguroso, por más que ni al uno ni al otro les agrade que se lo descubran<sup>5</sup>.

Los tratadistas de la metáfora suelen ocuparse solamente de los aspectos retóricos.

El planteamiento convencional parte de la palabra y se pregunta por cómo se superpone a la acepción literal la acepción «figurada» y cómo se elige entre una u otra sin por eso romperse la intercomunicación. Al fondo, indiscutido, está que el sentido propio de la palabra es el literal, correspondiente a una percepción, y que el lenguaje llano es más sólido que el figurado.

Ocupémonos nosotros de lo que implican en el pensamiento. Considerada desde ese enfoque, la metáfora es *decir una cosa transfiriéndole una pieza de otra que es semejante bajo tal respecto*. Decir *la vida es pasajera*, que es un sentimiento, injer-tándole río (*«Nuestras vidas son los ríos que van a la mar»*), que es un elemento de la geografía. De resultas río perderá el significado literal que tiene en su campo de procedencia. Esto equivale a encuadrar la metáfora en el discurso como si fuese una interpolación dentro del guión doctrinal, aunque instantánea y no desplegada como un símil o una alegoría.

Quien la estudie desde el enfoque de la Lingüística y de la Retórica encontrará que la metáfora es un procedimiento para hacer florido el discurso, lo cual plantea el problema de cuales son los guiños por los que no tomamos en cuenta el sentido literal. Quien la enfoque dentro del modo de pensar el Mundo, encontrará que se apoya en la pauta de asociar lo semejante: la vida pasa, el río pasa. Lo que suscita otro problema: ¿qué hay en común a pesar de las diferencias evidentes de «pasar»?

En general: ¿cómo se permite hacer metáforas a pesar de que literalmente son falsas y hasta disparatadas?

Vamos constatando que la imaginación une donde las ideas separan.

Todos necesitamos, para vivir sin angustiarse, una «composición de lugar». El léxico, el lenguaje, incluye ya una mínima teoría sobre las relaciones de unas cosas con otras. Si digo *punte de las gafas y ojos del puente* quedan interrelacionadas por semejanza tres cosas que en principio pertenecen a campos lejanos.

Desde que hay ciencia en tradición –desde Grecia– hemos reconstruido desde el modelo científico el pensar todo. En conformidad con ello, pensar sería reflexionar con rigor y cuidado acerca de lo que las cosas *son de verdad*. Más exacto será decir que también la ciencia se propone encontrar el sentido en lugar de vivir desorientado como el loco o el viejo desmemoriado. Lo que ocurre es que el científico encuentra

<sup>5</sup> «No metáforas, intuiciones» cuentan que decía Henry Bergson cuando alguien elogiaba las suyas. También hay nombres y asociación de ideas por vecindad (metonimia), pero es un hecho de menor relevancia que dejaré a un lado. Otros son convencionales y además hay onomatopeyas.

sentido a las cosas en que cada una tenga su naturaleza fija (lo que los aristotélicos llaman esencia) y que unas son causa de otras.

Ahora bien, la imaginación ¿vincula sólo por ocurrencia o inspiración y a la buena de Dios? La respuesta convencional que las imágenes vinculan por semejanza, pero ¿por sólo semejanzas que se le ocurren al poeta y a la persona apasionada?

Hay, efectivamente, metáforas tan rebuscadas que parecen fruto del capricho. Sin embargo, un análisis meticuloso de las metáforas encontrará que responden a una semejanza, pudiendo ésta ser de tres tipos:

- 1) Metáforas por semejanza de figura: ojo y ventanita redonda de barco («ojo de buey»), ventanal gótico y rosa («rosetón»). Simplemente transfieren un rasgo suelto. Es el caso de si un poeta refiriéndose a su amada dice «esos dos soles que tienes en el rostro», luego dice tus «dientes de nácar» y después la pone en contraste con una «vieja apergaminada». Evidentemente no hay vínculo alguno entre soles, nácar y pergamino
- 2) Metáforas por correspondencia de función: águila y emperador («águila imperial»), idea y luz («idea luminosa» que sirvió para resolver un problema). En estas metáforas los diversos elementos confluyen por un sentido funcional. Sea abrir/cerrar: vale dicho de una puerta, de un trato, un debate.

Cuando se desarrolla una metáfora, las metáforas subsidiarias suelen corresponderse con ese campo pragmático. Si en determinado lugar explícita un solo miembro, en otro lugar sacará a la luz los congruentes. Cuando se abre un debate, puede que no se lo cierre porque la cuestión queda abierta. Además cada dialogante entra o no entra en el debate y habrá quien salga por los cerros de Úbeda.

En una alegoría el autor puede hacer conscientemente un cotejo detalle a detalle. La metáfora surge repentina. Señal de que nuestra mente tiene en cuenta esos ordenamientos, pero sin conciencia de ello, es decir, lo que llamaré de modo *cisconsciente*.

A metáforas de función pueden asimilarse las metáforas por *semejanza de efecto psíquico*. ¿Por qué podemos decir, sin decir un absurdo, lavar las culpas? Porque quien confiesa su delito queda como quien se notaba sucio, se ha lavado y se siente limpio. Una metáfora sinónima será «sentirse descargado de culpa, porque la responsabilidad es un peso y sentirse culpable pesa todavía más.

Ahora comenzamos a entender que la imaginación no actúa caprichosamente, por simple inspiración que le llegase de no sabe donde o por una ocurrencia. Donde sólo veíamos inspiración hay lógica. Las metáforas brotan espontáneas del *cisconsciente*, pero con su lógica. Incluso metáforas por semejanza de figura que parecen más caprichosas presentan lógica. Supongamos que nos propusiésemos buscar los

análogos de un ciprés esbelto: se nos ocurrirían surtidor, torre, cohete. Son los que se le ocurrieron espontáneamente, en el fervor de la inspiración, al autor de un poema al famoso ciprés del monasterio de Silos<sup>6</sup>. No es lo habitual de un poema ponerse a reflexionar y elaborar el catálogo de cosas altas y aguzadas y en cuanto lo haya terminado pasar adrede a aplicarle cada cosa al ciprés. Suponemos, porque lo sabemos de otros poetas, que escribiese en «fervor de la inspiración», pero si nos gusta ver comparado el ciprés con un surtidor, una torre y un cohete, indicará que nuestro consiente aprueba. Supongamos que buscásemos análogos de una nariz larga para reírnos con su caricatura. Pensaríamos quizás en cosas como un reloj de sol, la trompa de un elefante boca arriba. Son los que se le ocurrieron a Francisco de Quevedo en el soneto «Érase un hombre a una nariz pegado».

Toda persona con proyectos utópicos y anacrónicos nos lleva a acordarnos de Don Quijote y la calificaremos de *quijotesco*. El primero que dijo «allí se armó un cristo» está recordando las peripecias de la Pasión de Jesús.

Así, pues, también la semejanza impone orden.

Pero también el desorden es una realidad o porque una catástrofe que trastoca el orden geográfico o porque la guerra que trastoca el orden social. Si agrada el *Guernica* de Picasso es por metáfora del desorden causado por la guerra. Todo está revuelto. Hombres y caballos aparecen entremezclados, pero distorsionada cualquier función: no es el caballo sobre el cual cabalga un jinete. Es el caballo relinchando. Ni siquiera los rostros tienen orden. Vemos una figura humana cuyas dos caras están desenganchadas.

## METÁFORAS Y CONCEPTOS

Los conceptos se definen, cada uno tiene su comprensión y su extensión determinadas, pueden ser análogos (entrar en otro más abarcante a la par de otro algo diverso), pero nunca equívocos. Los diccionarios son el *Who's Who* de los conceptos.

Sabemos que las metáforas funden lo inerte con lo vivo, lo físico con lo social. Pase. Hay cosas intercambiables (Telón de acero y *Iron curtain*, literalmente telón de hierro) para enunciar que entre determinados países y sus vecinos no hay comunicación, que hay aduanas, que la policía impide el paso de personas de uno a otro, que hay alambradas con perros, que la prensa de un país no se vende en el otro.

<sup>6</sup> Gerardo Diego: *Al ciprés de Silos*. Sobra añadir que el otro aludido es Francisco de Quevedo: «Érase un hombre a una nariz pegado».

Lo que ya hace saltar la alarma es que se salte la frontera entre lo físico y lo inmaterial. Por ejemplo, eso mismo de llamar al resultado de esos hechos *telón* (sea de acero o de hierro). En los conceptos matemáticos no hay apelación a nada de otro género, porque es formal. En Química se va de fórmula a fórmula. Pero en los conceptos de la vida real, ¿cabe pensar en ‘*algo-estrecho-que-impide-absolutamente-el-paso*’ que no sea cortina o telón o barrera u otra cosa similar en función? Ese «algo-estrecho...» será telón, lámina dura, barrera, muralla ¡algo! Podré pedirle a otro que me proporcione ‘algo-estrecho-que...’, pero tendrá que ser muro, cortina o quizás barrera de viento.

Por abstracto designamos y entendemos lo abstracto formal, el de lo matemático y lo lógico, el de un supuesto «reino de esencias», el casillero donde cada cosa tiene su casilla. Pero quizás haya que distinguir tres cosas:

- 1) lo abstracto formal,
- 2) lo *abstracto real natural*: león,
- 3) lo abstracto que nunca será tal o cual contenido concreto, pero tendrá que ser o cortina o muro o corriente de aire: algunos de ellos. Ese ‘o... o...’ también es una realidad.
- 4) lo abstracto simbólico: zorrería, que no es la naturaleza del canis vulpes de Linneo, sino la astucia del zorro.

Estamos en la convicción de que antes tenemos la idea y después la decimos o directamente o mediante una semejanza. Habría que repensar eso de antes y después. ¿Es una anterioridad cronológica? Analizando el léxico constatamos que muchas palabras del lenguaje cotidiano que declaramos abstractas son metáforas, olvidadas o inadvertidas, de experiencias de la vida diaria: metáforas muertas (*katacrexis*). Sea ‘enunciar una tesis’. Diremos: *pro-ponerla* (*tesis*, en griego, significa pro-posición), *ponerla a debate*, *ponerla en duda*, *afirmarla*, *sostenerla*, *mantenerla* («tenerla en la mano»). Por lo visto, es como una cosa que se pone sobre la mesa y, si alguien la pone en duda, se la afirma, es decir, se la *pone firme* y contra quien quiera derribarla se la *sostiene*).

El problema se agudiza con la metáfora filosófica. No me refiero a las metáforas del lenguaje ordinario que vienen en escritos filosóficos: «la naturaleza se empeña» (Kant), «llevo a los otros *en mi*» (Husserl). Las metáforas propiamente filosóficas comienzan allí donde un minidiscurso externo es interpolado en el discurso doctrinal. Por ejemplo, cuando Kant acuña la expresión: «tribunal de la crítica». Ahí en retaguardia, implícito, va desplegado un campo pragmático o cuadro de sentido: en otros lugares menciona un conflicto de fronteras (si es posible traspasar la frontera de lo empírico, si la metafísica va más allá de los límites») y alerta de que la crítica puede ser acusada por «la majestad del Poder» y «la santidad de la religión». El concepto

mismo de trascendente es metafórico: es lo que se halla más allá (más allá del concepto, lo que es idea pura).

Del mismo modo ¿no es la dialéctica de Hegel una metáfora de los diálogos y debates? ¿Y podría entenderse los Dos Mundos de Platón sin eso de ascender desde la caverna? Las metáforas, como era de esperar, se espesan en torno a Dios. Aunque los filósofos pueden hablar de Acto Puro, Causa Primera, difícilmente pueden evitar metáforas. Los religiosos acuden a metáforas como Señor, Padre, Sumo Hacedor, Juez Supremo.

Como ya subrayé la metáfora filosófica es un *tour de force*. Lo meta-físico, lo más inmaterial, es puesto en semejanza con lo físico.

Desde Grecia eso que llamaban *episteme* y que nosotros llamamos con algunos desajustes de perímetro semántico *ciencia* se montó sobre la abstracción. Elevarse del caso al concepto universal, de la anécdota a la categoría, de la casuística a la ley. La vida cotidiana prestaría el servicio de almacén de datos a elaborar por la ciencia (incluyendo aquí la filosofía). Después se buscaban causas conforme a la naturaleza de las cosas. Esa subida en vertical vale y basta si se parte de la experiencia empírica y para «géneros de ser»: así, de las diversas razas de perros ascendemos al concepto universal *perro*, de construir o engendrar o matar o dar un disgusto ascendemos al concepto universal *hacer y causar*.

Ya al analizar la abstracción, los aristotélicos reclamaron que tenía que haber un intermediario que salvase el foso entre la realidad concreta y el concepto. Sería, según ellos, una «imagen» elaborada por la imaginación y por el que llamaban *sensus communis*, que reunía y unificaba las sensaciones; luego el *intellectus agens* iluminaba la esencia-idea. Por ese camino se andaría en adelante. Tampoco Descartes, considerado iniciador de la filosofía moderna, pero realista, fue más allá<sup>7</sup>. Cuando Manuel Kant, que era idealista, buscó un intermediario (los «esquemas de la imaginación»), se refería al intermediario entre la realidad empírica y los conceptos («categorías»). Por ejemplo, el «esquema de la imaginación» para la categoría de sustancia será la permanencia, lo duración (del hierro, de la piedra).

Hemos detectado otro hecho: que conjuntos doctrinales se digan mediante conjuntos de sentido. Ejemplo explícito: la doctrina platónica sobre el ascenso desde el Mundo Visible (*cosmos horatós*) al Mundo Inteligible (*cosmos noetós*). En la vida cotidiana, en el mundo empírico cualitativo y de sentido, ‘luz/oscuridad’ va coherente con ‘ver/no ver’ y cada uno de esos dos conjuntos lleva consigo un séquito de posibi-

<sup>7</sup> Reglas para la dirección del espíritu, Regla XII: «Hace falta representarse que el sentido común (*sensus communis*) juega también el papel de sello para imprimir en la fantasía o en la imaginación, como en cera, estas mismas figuras o ideas que vienen sin cuerpo y desgajadas de los sentidos externos». Sin embargo, ya no habla de *intellectus agens*.

lidades (luz va con deslumbrarse u ofuscarse, foco de luz, etcétera; ver va con ceguera, miopía...). Pues bien, la doctrina platónica del conocimiento es una transposición de ese manajo de experiencias. Y éste dista de ser el único caso. También aquí tiene aplicación el viejo adagio *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*

Ahora bien, si hay también transferencia de conjuntos de sentido desde la experiencia cualitativa de sentido en la vida cotidiana a conjuntos de ideas expresados con el léxico de aquéllas tendrá que haber el correspondiente intermediario. Para este hecho no sirve el intermediario que servía para ascender del caso al Universal (Ley, concepto, categoría).

## PRIMORDIOS

Para el lenguaje sagrado y poético algunos antropólogos, estudiando el lenguaje sagrado y poético, encontraron metáforas «matrices» comunes a todos los pueblos<sup>8</sup>. ¿No habrá intermediarios entre los conjuntos de sentido de la vida cotidiana y las construcciones metafísicas correspondientes? Si hubiese esos «lugares comunes» adonde confluye la mente de cualquiera para expresar determinadas ideas, tendríamos que hay una lógica de la imaginación. A esos «lugares comunes» de la imaginación es a lo que llamo «Primordios», metáforas fundamentales (casi siempre tomadas de lo frecuente de la vida) que se repiten de autor a autor. Ejemplo explícito: la ascensión desde la caverna platónica: salida de lo cerrado al «aire libre» y subida de la oscuridad a la luz. Donde se constatan correspondencias entre un cuadro de ideas y una red metafórica, el pensar se hace *pensamiento icónico* o, más ampliamente dicho, pensamiento «*primórdico*». Varios de estos primordios son también elementos del lenguaje-señal y ejercen de símbolos en el pensamiento religioso y mitológico. Lo de salir de la oscuridad a la luz aparece en Platón, en el Cuarto Evangelio y parece haber sido lo esencial de los Misterios de Eleusis<sup>9</sup>.

Los conceptos formales de la Lógica y la Matemática que se definen por sí mismos, no tienen que amoldarse a lo Dado y valen tanto para lo real como para lo irreal ¿Cómo encajan esos conceptos metafísicos que se corresponden con experiencias de sentido en la vida cotidiana? Hay conceptos de la Física que corresponden a realidades del Mundo Dado, pero de ellas no hay intuición; solamente pueden ser

<sup>8</sup> Por ejemplo, Philip Wheelwright (*Metáfora y realidad*), Jakob y Johnson (*Metáforas de la vida cotidiana*), Gaston Bachelard...

<sup>9</sup> Mircea Eliade: *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, tomo II, cap. 12. Madrid, Ediciones Cristiandad, 1978.

dichas con fórmulas matemáticas<sup>10</sup>. Cual pueda ser el primordio intermediario para ese tipo de conceptos, no lo sé. Quizás no lo hay y por eso son formales.

Estamos viendo que, donde las ideas separan, las imágenes unen, si bien sólo dando goznes o posibilidades. Cada doctrina filosófica elige diversas familias de imágenes. Descartes utilizará a todo momento la familia de metáforas del camino. Heidegger define la verdad como la caja cerrada o el velo a descorrer. Para Wittgenstein hay que enseñar a la mosca a salir de la botella.

A veces doctrinas contrarias lo son por salidas diversas en el juego de posibilidades. Hume utilizará metáforas de camino fallido: el barco que naufraga. Kant se ofrecerá a darle a Hume brújula, pero reitera imágenes de fracaso viario: la paloma que cae, el barco que naufraga, el que anda dando vueltas en torno a sí mismo.

## LO RAZONABLE O PLAUSIBLE. LOS REFRANES

Cuando no sabemos cual va a ser la marcha de las cosas ni podemos adivinarlo, si a pesar de todo nos urge actuar, optamos por lo más plausible, por lo más razonable. Sé razonable!, aconsejamos. Elogiamos la decisión plausible y, en cambio, despreciamos al poco razonable, al que cae en el disparate, al que va tras de quimeras, al loco.

Eso significa que nuestra mente piensa también ciscoscientemente según la norma de lo razonable. Hablamos, para ese caso, de prudencia, pero la prudencia es una virtud del prudente y prudente es quien acierta a hacer lo razonable. Debo reconocer que tardé tiempo en percatarme de que los refranes significan las normas de lo razonable y que la ley suprema de los refraneros es *obtener el mayor beneficio a menor coste*.

Los refranes son condensaciones de experiencias marcantes que se enuncian por ser simbólicas de conductas generales. Alguien que ha metido un pie en una zanja o en una trampa o en una máquina en funcionamiento comprenderá que la consecuencia ha sido la misma del zorro que mete la pata en una trampa y queda preso. La lección práctica será no *meter la pata*. Para no sufrir el efecto boomerang, el refrán equivalente en otras lenguas será no *escupir al suelo*.

Por el refranero podemos adivinar lo que cada sociedad o cada época o cada grupo considera razonable.

Muchos refranes son metáforas en cuanto dan una idea general de prudencia y moral a través de un hecho físico. Las ideas del pensamiento japonés y europeo pue-

<sup>10</sup> Por ejemplo, el espacio curvo de la teoría del Universo en Expansión.

den ser diversas, pero por un refranero japonés<sup>11</sup> pude percatarme hasta qué punto las imágenes unen donde las ideas separan. Probablemente hay refranes diacríticos que marcan diferencias de grupo a grupo, pero no tengo conocimientos suficientes para emitir opinión.

Termino recordando a los japoneses un refrán suyo, tomado del tal libro, deseando que se haga verdadero estos días en que nos honran con su presencia y su magisterio. Nihonbare o Nipponbare, que, por lo visto, significa literalmente «un buen tiempo japonés» y que se traduce por «no hay ni la menor nube en el cielo».

¡Que sea así durante estos días!

<sup>11</sup> *Refranero japonés* por Shinzo Yamazaki (Kyoto, 1985). Debo su conocimiento al Prof. Justino Rodríguez.